

para trabajar y guiarnos. La obra emprendida será lenta y más lenta todavía la justicia. Hay que obrar y adelantarnos á ella atrevidamente.

— ¿Qué has soñado? preguntó Jacobo con estupor.

— Que te escapes.

— ¡Yo!...

— Si... No debe ser difícil... Tú gozas, según me han dicho, de una libertad relativa. Trabajas y duermes en un edificio que depende de las oficinas... ¿Á qué hora de la noche te encierran?

— No puedo decirte nada, contestó Jacobo con rudeza. Me tientas en vano... No quiero escaparme.

— ¿Rehusas la libertad?

— No quiero tomármela.

— ¿Crees que te la darán?

— Si tienes las pruebas de mi inocencia, intenta la revisión del proceso...

— ¡Qué! ¿No comprendes que nos estrellaremos contra todas las dificultades acumuladas por tus enemigos, y que tenemos que contar con la mala voluntad de la justicia? Empieza por huir; después probaremos que no eres culpable, te empeño mi palabra...

Jacobo alzó la frente. En las frases de su amigo, le habían conmovido dos palabras: tus enemigos. Hasta entonces había acusado de su infortunio á la casualidad y la oscuridad impenetrable que rodeaba su pensamiento había contribuido á apaci-

guarle. El misterio, que al principio le exasperaba, fué después una causa de resignación. Pero, de pronto, Tragomer arrojaba en su espíritu una levadura inesperada y su calma se veía turbada por una repentina fermentación. ¡Sus enemigos! Quería conocerlos y una ardiente curiosidad reemplazó á su indiferencia envilecida.

— ¿Crees que mi pérdida ha sido preparada por personas que tenían interés en hacerme daño?

— No me cabe duda.

— ¿Las conoces?

— Sospecho que sí.

— Dime sus nombres.

Tragomer vió en los ojos de su amigo que la vida moral renacía en él. Jacobo de Freneuse empezaba á reaparecer.

— Si te nombro al que sin duda alguna urdió toda la intriga, te vas á estremecer de horror ante una acción tan baja y tan cobarde de un ser con el que tenías derecho á contar, que no ignoraba nada de tus pensamientos ni de tus acciones y que estaba seguro de perderte, por lo mismo que habías confiado completamente en él. Figúrate otro yo; imagina que has sido vendido por otro Cristián, y si buscas tan cerca de tu corazón, encontrarás al hombre que buscas.

La fisonomía del desgraciado tomó una expresión terrible; sus ojos se agrandaron como si vieran un espectáculo aterrador, sus manos tem-

blaron al levantarse hacia el cielo y en un grito inconsciente lanzó este nombre :

— ¡Sorege !

Tragomer sonrió con amargura.

— ¡ Ah ! No has vacilado ; no podía ser otro. Si, el sensato y cauteloso Sorege es el que ha vendido y deshonrado á su amigo...

— Pero ¿ por qué, exclamó en tono de furiosa protesta el desgraciado ; ¿ por qué ?

— Eso es lo que le preguntaremos á él mismo y lo que tendrá que confesarnos, te lo juro, cuando le cojamos los dos por nuestra cuenta. He visto ya su palidez y sus temblor cuando comprendió que yo sospechaba su infamia. Si entonces no hubiera temido descubrirle mis proyectos, le hubiera confundido, porque podía hacerlo. Pero en ese caso se hubiera escapado y tú no podrías salvarte. Le tranquilicé, por el contrario, y le di una falsa pista para conservar mi libertad de acción. Si Sorege se pusiera en guardia, sus cómplices serían advertidos y las pruebas desaparecerían. Ahora comprendes, Jacobo, que es preciso que salgas de aquí sin tardanza. La ocasión es admirable. Tenemos un navío á nuestra disposición. Mañana podemos darnos á la mar y esa es la salvación, la libertad y la rehabilitación.

— ¡ Me vuelves loco ! exclamó delorosamente el penado. Tantos pensamientos nuevos y tan repentinos en un pobre cerebro entumecido y cansado,

es un sufrimiento atroz. ¿ Qué hacer ? ¿ Desperdiciar en un momento las pruebas de cordura y de resignación que he logrado dar ?... ¿ Exponerme, si me cogen, á pasar por un hipócrita y un embustero ? ¡ Tragomer, no puedo !... Abandóname á mi destino...

— Jacobo, si no vienes de grado, te robaré por fuerza, dijo Cristián con terrible resolución. Estoy dispuesto á todo. He jurado á tu hermana que te devolvería á su cariño... ¿ Comprendes ? á tu hermana María, á quien amo y que no será mía si no te salvo... No se trata solamente de ti, sino de mí mismo, y yo sé lo que quiero y lo que debo hacer. Vendré al frente de mis hombres y te arrebataré á mano armada, si á ello me obligas. Arriesgaré en esta lucha mi vida y la suya, pero les pagaré lo que haga falta y no vacilarán... ¡ Decide !

— Pues bien, te obedezco, dijo Jacobo con repentina resolución. Para evitar tantas desgracias, me expondré yo solo al peligro... ¡ Pero, qué riesgos ! Salir de aquí no es nada... Un traje para que no sea reconocido fuera del campo...

— Te llevaré á un sitio convenido un traje como los de nuestros marineros.

— Será preciso que gane la playa y que espere la noche para que venga á buscarme la embarcación,

— Estaré contigo... Yo no te deajo.

— Pero la barca no podrá abordar sin ser descu-

bierta, y habrá que ir á buscarla á nado... ¿Tendré yo la fuerza suficiente?

— Yo te sostendré... y te llevaré si es preciso.

— ¿Y los tiburones? ¿Has pensado que pululan por estas costas y que hay cien probabilidades contra una de ser devorado por ellos? Son los mejores guardianes de la isla y la administración lo sabe bien... Apenas vigila el mar, tan peligrosa es la evasión.

— Nos aprovecharemos de esa confianza... y en cuanto á los tiburones, los desafiaremos... Quienientos metros, ó menos, á nado... Además, iremos armados y la lancha de vapor vendrá en un momento á nuestro socorro.

— Pues bien, sea lo que Dios quiera... Hasta mañana, pues... Vete, no despertemos sospechas, ya que la resolución está tomada... Separémonos.

Se dieron un apretón de manos y Tragomer sintió en el vigor de la mano de Jacobo que éste no faltaría á su palabra.

— Me voy, amigo, dijo al vigilante. Puede usted llevarse á su pensionista...

Al llegar á la puerta, el vigilante preguntó á Cristián:

— ¿Le ha interesado á usted, milord? Es un pobre diablo completamente inofensivo... Anda por todas partes en libertad y no hay peligro de que quiera escaparse... Aunque le dejaran la puerta abierta no se iría... Ande usted, 2317,

váyase solo á su departamento; yo voy á acompañar á milord...

Jacobo inclinó la cabeza para ocultar la animación de su fisonomía, y saludando á Cristián balbuceó:

— Hasta la vista, señor; no olvide usted que me ha prometido libros.

— Convenido. Hasta mañana.

El penado se alejó y Cristián le siguió impasible con los ojos.

— Está algo loco, dijo al vigilante, pero creo, como usted, que es inofensivo...

— Un niño, milord.

— ¿Dónde habita?

— Ahora le enseñaré á usted el sitio. Es al lado del capellán, en un pabellón que sirve de depósito de cordelería... El olor del cáñamo es sano y está bien allí... Y, después, puede hablar con el capellán... ¡Oh! Ese es su gran recurso y parece que tiene ideas muy extrañas... Un poco chillado, como usted dice... Ahí tiene usted su chirivital...

Tragomer se detuvo.

— Bueno; iré á visitarle mañana, pues vendré á ver también al médico y al notario...

— ¡Ah! ¿Los *Monthyons*? dijo riendo el vigilante.

Y al ver la mirada de extrañeza de su interlocutor, continuó:

— Los llamamos así porque podrían concurrir al

premio de virtud si se diera aquí como en París... ¡Una broma, milord! Sí, son las personas honradas del presidio...

— Volvamos á Numea, dijo Tragomer. Mañana vendré á la misma hora... ¿Habrá que pedir nuevo permiso?

— Es indispensable, aunque ya es usted conocido

— ¿Y usted me acompañará?

— Seguramente.

Llegaron al muelle donde los remeros dormían en la lancha, expuestos al sol y mecidos por la ola ligera que iba á morir al pie de la escalera. El vigilante dió un agudo silbido con un pito colgado al uniforme, y los penados, turbados en su sueño, se incorporaron con los ojos asombrados y las caras lívidas.

— Puede usted embarcar, milord. ¡Adelante!

La embarcación hendió con su proa las aguas de la bahía, mientras Tragomer, perdido en sus pensamientos, se dejaba mecer por el movimiento acompasado de los remos al hundirse en el mar.

Una hora después Cristián subía con ligereza la escala del yate y saltaba al puente por la cortadura... Marenval, imposible de reconocer con su traje de franela blanca, gorra marina con galones de oro, tez curtida y barba descuidada, se lanzó al encuentro de su amigo y llevándole á la popa, bajo una toldilla de lona que abrigaba al puente de los rayos del sol;

— ¿Y bien? preguntó con ansiedad. ¿Le ha visto usted?

— Acabo de dejarle.

— ¿Todo está arreglado?

— ¡No sin trabajo!

— ¿Qué me cuenta usted?

— La triste verdad. He necesitado casi amenazarle para decidirle á escapar.

Marenval hizo un gesto de asombro.

— ¿Habremos llegado tarde? ¿No tendrá ya la fuerza y la energía necesarias para evadirse?

— Tiene fuerza. Lo que le faltaba era la voluntad.

— ¿Prefería quedarse?

— Sí. Estaba bajo la influencia de no sé qué ideas de resignación fatalista; tenía horror á la lucha, al esfuerzo. La acción le espantaba. Hubo un momento en que creí que surazón había volado... Esa espantosa existencia es muy á propósito para quebrar los caracteres más enteros; cuanto más fino es el temple de un alma, más rápidamente es destruida por semejantes pruebas... He tenido que revelarle la traición de Sorege para hacerle entrar en posesión de sí mismo... ¡Oh! Entonces sí saltó de furor y gritó de desesperación... De este modo me apoderé de él.

— ¿Qué han resuelto ustedes?

— El plan más sencillo es siempre el mejor. Mañana le llevaré una blusa, un pantalón y una

boina de marinero. Me quedaré por la noche, bajo pretexto de visitar el interior de la isla por la mañana temprano, y ayudaré á Jacobo á llegar á un punto de la costa, donde esperaremos la oscuridad ocultos en las quebraduras de las rocas. Entonces vendréis con la chalupa de vapor á pasar por la isla, lo más cerca posible, en cuanto cierre la noche, lo que es aquí obra de algunos minutos... Nosotros nos echaremos al mar y llegaremos á nado á la embarcación. Si grito, forzaréis la velocidad hacia nosotros, pues será que estemos en peligro. En pocos instantes se decidirá nuestra salvación ó nuestra pérdida.

— ¿Y el navío?

— El navío pedirá sus papeles mañana y pasará la visita, de modo de levar anclas á las siete de la noche. Es preciso que le encontremos á la altura de la isla Nou en condiciones de dar en un momento el máximo de velocidad. Podríamos ser perseguidos... Hay un vapor en la rada y si da la alarma, se nos dará caza en un instante.

— No hay nada que temer; nuestro yate anda bien.

— Y si nos cañonean...

Marenval se calló y su mirada se dirigió hacia los cuatro cañones cuyas bocas de cobre asomaban por la borda.

— Tenemos con qué defendernos ¿verdad? ¿Es eso lo que usted pensaba? preguntó Tragomer.

— Sí, dijo Marenval. Pero entonces nos convertimos en verdaderos filibusteros y la ley no se anda en bromas en esos casos. Hay que tratar de que no haya conflicto...

— ¿Y si, á pesar de todo, es inevitable?

— ¿El capitán y la tripulación obedecerán?

— El capitán es inglés y no se dejará coger. Su gente es disciplinada y le obedecerá.

Marenval dió un suspiro. Había previsto las dificultades y el peligro que se presentaban. Pero tomó valientemente su partido.

— Saldremos adelante, dijo. Hasta ahora todo ha resultado bien. Hemos tenido un tiempo magnífico; la travesía ha sido feliz; nuestro yate es capaz de andar diez y ocho nudos por hora durante doce, sin sufrir avería. El resultado dependerá de la actividad con que os ayudemos mañana por la noche. Puede usted contar con que todo se hará según su deseo. Yo no dejaré el puente y ¡qué diablo! si hay que jugar el todo por el todo para socorremos, se jugará...

Caía la noche. Los fuegos de la isla Nou se encendieron poco á poco en la bruma transparente que se extendía por el mar, y, en lontananza, se dibujó la forma del presidio, de los campos y de los almacenes, contorneada por los faroles que los alumbraban. En aquella rada silenciosa, en medio de la oscuridad rápidamente caída sobre las ondas, aquel cuadro de presidio revelado por las luces

que servían para vigilar á sus míseros habitantes, infundía en el pensamiento de los dos amigos una profunda tristeza. ¡ Cuántos dolores, cuántas penas y cuántas cóleras fermentaban en aquella ciudad del crimen y de la vergüenza ! Bajo el cielo límpido y tachonado de estrellas, parecía que flotaba un grito de odio y de venganza. Y dentro de aquella tranquilidad, y de aquella atmósfera fría y serena, unos hombres, verdaderos condenados, maldecían la vida que se arrastraba para ellos en el sufrimiento y la miseria, sin esperanza.

VII

El vigilante enseñó á Tragomer la cordelería y le dijo :

— Ahí tiene usted la casa. Si quiere usted entrar, voy á llamar á nuestro párroco...

Cristián se volvió hacia un marinero que le seguía y le dijo en inglés :

— Entre usted conmigo, Dougall.

El marinero, que llevaba al hombro una cajita de madera, tocó la boina con la mano y se disponía á entrar, cuando el centinela le detuvo diciendo :

— Tiene usted que dejar fuera la caja. No se puede entrar nada en los edificios, sin autorización.

— La traemos, dijo el vigilante sacando un papel del bolsillo.

El marinero entró detrás de Tragomer en la barraca, donde sentados en el suelo y con la espalda contra la pared, unos presidiarios estaban traba-